

Sal y Luz

Domingo XXX Tiempo Ordinario (A)- 25 de Oct. de 2020

Nº49 Parroquia San Carlos Borromeo

Los santos –pongamos por ejemplo a la beata Teresa de Calcuta- en su encuentro con el Señor en la Eucaristía, han sacado toda su capacidad de amar al prójimo de manera siempre nueva y, recíprocamente, este encuentro ha adquirido todo su realismo y toda su profundidad precisamente gracias a su servicio a los otros.

Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, es un único mandamiento. Sin embargo, los dos viven del amor solícito de Dios que nos ha amado el primero. Así, no se trata ya de un «mandamiento» que nos prescribe algo imposible desde el exterior sino, por el contrario, de una experiencia de amor, dada desde el interior, un amor que, por su naturaleza, debe ser compartido con los otros. El amor crece con el amor. El amor es «divino» porque viene de Dios y nos une a Dios y, a través de este proceso de unificación, nos transforma en un Nosotros, que sobrepasa nuestras divisiones y nos hace llegar a ser uno hasta que, al final, Dios sea «todo en todos». (BXVI-Deus Caritas est)



*Amarás al Señor tu Dios, y a tu prójimo como a ti mismo
(Mt 22, 34-40)*

COMENTARIO

Primera lectura: Ex 22, 20-26: *Si explotáis a viudas y a huérfanos, se encenderá mi ira contra vosotros*

Salmo Resp. 17: *Yo te amo Señor, tú eres mi fortaleza*

Segunda lectura: 1 Tes 1, 5c-10: *Os convertisteis, abandonando los ídolos, para servir a Dios*

Evangelio: Mt 22, 34-40: *Amarás al Señor tu Dios, y al prójimo como a ti mismo*

LA COLUMNA VERTEBRAL DEL CRISTIANO

1.- El contexto de la pregunta

Este pasaje que la Iglesia nos presenta para nuestra contemplación forma parte de un bloque de tres cuestiones (la del tributo al César, la de la mujer casada sucesivamente con siete hermanos y la de cuál es el primer mandamiento en la Ley) que protagonizaron respectivamente los herodianos, los saduceos y los escribas. Jesús responderá planteando otra cuestión final donde deja al descubierto la limitación de la sabiduría humana, cuando pregunta a todos los fariseos reunidos, cómo el Mesías puede ser hijo de David, si éste (David) le llama Señor en el salmo 11 (Mt 22, 41-46). Seguiremos para este pasaje el fenomenal comentario de C. Spicq, *Agape en el Nuevo Testamento*, págs 56 y ss.

Transcurría la última semana en Jerusalén y confundidos en su propósito de comprometer a Jesús, tanto los herodianos con su cuestión del tributo al César, como los saduceos con su burda pregunta acerca de la vida marital en el cielo para una mujer casada sucesivamente en vida con siete hermanos, vienen ahora a la carga los fariseos, a través de un escriba, un jurista, que, según el contexto debía de ser un doctor especialmente versado en la Sagrada Escritura. Y prepara una trampa, literalmente pone al Maestro a prueba. Pregunta a Jesús cuál es el primer mandamiento en la Ley. Dos cosas pudieron mover a los fariseos a intentar de nuevo comprometer a Cristo. En primer lugar, Jesús había respondido satisfactoriamente a la cuestión de los saduceos, para los fariseos, enemigos de los saduceos, sería un triunfo lograr lo que los saduceos no habían logrado, hacer caer a Jesús en la tentación. En segundo lugar, al ver que lo que habían logrado con las preguntas anteriores (a las que el Señor respondía a cada una con admirable sabiduría) era hacer crecer el prestigio de Jesús en el pueblo, entonces de nuevo intentan tentarle.

2.- La cuestión acerca del mandamiento mayor

a) Dos mandamientos en uno: las dos caras de una misma moneda

La cuestión que hoy pudiera parecernos sin importancia, no lo era en tiempos

de Jesús, cuando cada rabino tenía su opinión personal. Adherirse a uno de ellos significaba ganarse la amistad de unos y la enemistad de otros. Y no era fácil escoger entre los 613 preceptos (248 positivos y 365 negativos), que los escribas habían llegado a contar en la Ley de Moisés.

De estos mandamientos unos eran considerados como graves o mandamientos grandes, y otros como leves o pequeños. Las disputas entre doctores de la ley sobre la distinción entre los mandamientos grandes y pequeños eran sutiles e interminables. No es de extrañar que entre las cuestiones que figuraban en estas discusiones una fuera acerca de cuál de todos los mandamientos era el primero y más importante. Pero lo decisivo es lo siguiente. Puesto que el interlocutor de Jesús es un fariseo-jurista, que ve en la Ley la base de toda la vida religiosa y la mediación en las relaciones del justo con Dios. Para él y para su facción la cuestión crucial a propósito de Jesús, es conocer su posición ante la Torá. Algunos de los actos de Jesús, como las curaciones en sábado o algunas de sus afirmaciones sobre la pureza, hacían creer que se desligaba fácilmente de los preceptos. ¿Cómo entendía la fuerza obligatoria de la Ley? ¿establecía una jerarquía entre los mandamientos del Decálogo? ¿reconocía la autoridad de Moisés?

Jesús deja de lado el terreno jurídico, para señalar íntegramente el precepto de la caridad para con Dios: *Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas* (Dt 6, 5) Insiste y comenta: *Es el más grande y primer mandamiento.* En esto no podía contradecirlo ninguno de sus adversarios. Dios había ordenado a los israelitas que llevaran siempre sus mandamientos como una señal en la mano y como recordatorio ante los ojos (Ex 13, 9; Dt 11, 18), y que pusieran flecos a sus vestiduras para que *cuando los veáis os acordéis de todos los preceptos de Yahveh* (Nm 15, 37). Y para seguir estas recomendaciones al pie de la letra, los fariseos contemporáneos de Jesús solían rezar todos los días, mañana y tarde, esta profesión de fe, el Shemá; llevaban atada a los brazos y colgando de la frente las famosas filacterias, bien anchas, y alargaban las orlas de sus mantos para ser vistos por los hombres (cf. Mt 23, 5) Colgado de las filacterias llevaban un estuche con un pergamino. En él estaba escrito el Shemá:

Escucha, Israel. Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh. Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza. Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Se las repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado; las atarás a tu mano como una señal, y serán como una insignia entre tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas. (Dt 6, 4-7)

La Iglesia lo medita en las Completas después de I Vísperas del Domingo

b) La razón de amar a Dios

Jesús responde a la pregunta del fariseo. Cita la primera parte del *Shemá*. Para los rabinos era muy importante recitar esta oración; determinaba que quien lo rezaba (mañana y tarde) era tenido por judío fiel a Dios, y quien no lo hacía era tenido por un *‘am-ha-arets*, es decir un no fariseo, no cumplidor de la Ley. Así se recoge en una tradición rabínica conservada en el Talmud de Babilonia.

La conexión de esta primera parte del *Shemá* con las siguientes palabras de Jesús es muy importante para comprender su pensamiento. Así mismo es importante saber qué encierran las palabras del *Shemá* que cita Jesús: *Escucha, Israel*

El texto de San Mateo, como el de San Lucas, no recoge esta frase inicial del *Shemá*. San Marcos sí lo hace. Quien oyó la respuesta de Jesús *amarás al Señor tu Dios...*, le vino inmediatamente a su memoria *Escucha, Israel*. En la Biblia *escuchar* es equivalente a *obedecer*, con lo que la respuesta de Israel a Yahveh debe ser de obediencia (escuchar). La razón de amar a Dios se fundamenta en la elección que ha hecho de Israel. Jesús quiere enseñar que el mandamiento del amor a Dios no es un deber externo, sino una “obligación” que surge en el pueblo de Israel, que ha sido amado gratuitamente por Dios. Por lo tanto, para nosotros amar a Dios no debería ser una obligación externa. Tendría que ser una necesidad. En amarle está nuestra felicidad y nuestra alegría. Amando con su amor uno es capaz de dar la vida como la dio él, que va a dejarse crucificar por amor a nosotros. Y esto no lo prescribía ningún mandamiento de la ley. Así se cumplió lo que dijo Jesús: *Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos.*

c) El modo de amar

El texto del *Shemá* dice: *con todo tu corazón* (heb. *lebab*; gr. *kardía*), *con toda tu alma* (heb. *nephesh*; gr. *psyché*), *con toda tu fuerza* (heb. *me`od*; gr. *ischys*). El texto de San Mateo añade: *con toda tu mente* (gr. *dianoia*). En nuestra manera de hablar, el corazón sólo evoca la vida afectiva. El hebreo concibe el corazón como *lo interior* del hombre en un sentido más amplio. Además de los sentimientos, se incluyen los recuerdos, los pensamientos, los proyectos, las decisiones. En la antropología completa y global de la Biblia, el corazón del hombre es la fuente misma de su personalidad consciente, inteligente y libre, la sede de la ley no escrita y de la acción misteriosa de Dios (cf. X. LÉON-DUFOUR, Vocabulario de Teología bíblica, «Corazón»). El alma es el principio de la vitalidad. La fuerza es la vehemencia de los impulsos instintivos, algunos autores piensan que se trata de los bienes materiales. La mente se refiere al conjunto de cualidades especulativas y organizadoras de la existencia.

Jesús no quiere distinguir facultades y potencias, sino que quiere señalar que

la respuesta del hombre tiene que ser completa, total. C. Spicq señala como principal en este pasaje la expresión *con toda el alma* o *con toda la vida*, puesto que la palabra hebrea que hay detrás: *nephesh*, que significa también aliento o soplo de vida, es la sede de la voluntad de vivir los afectos y de las decisiones. Amar a Dios con toda el alma es amarlo con toda la vitalidad y con toda la potencia del ser. Nada le queda al hombre que pueda reservarse para sí mismo (cf. C. SPICQ, Teología moral del Nuevo Testamento, I, p 530-532.)

3.- El amor al prójimo

Pero Jesús añade una precisión que no se le había pedido. Sugiere al jurista que su pregunta estaba mal formulada: **no hay un mandamiento mayor, sino dos: El segundo es semejante a él: “Amarás al prójimo como a ti mismo”** (v. 39b). Esta cita de Lv 19, 18b está precedida de una afirmación muy importante: *El segundo es semejante a él.*

¿Qué significa esto? Semejante puede tener varios sentidos en la Biblia. Según su utilización:

- a) semejanza remota
- b) parecido de naturaleza,
- c) identidad absoluta.

Pero en la Biblia, este adjetivo es usado con mucha frecuencia para decir la excelencia de algo. Por ejemplo, cuando quiere exaltar a un patriarca (Eclo 44, 19), a un justo (Job 1, 8; 2,3), a los reyes de Israel e incluso al mismo Dios. *Declara ¿Quién como tú? Nadie es semejante a ti, ni te iguala. Tú no tienes igual.* Esto sería el equivalente a nuestro vulgar: *Fuera de concurso.*

Es legítimo pensar que el segundo mandamiento es de la misma naturaleza o del mismo valor que el primero, constituyen una categoría especial de preceptos, diferente de las demás posibles categorías que establecían los rabinos. **Se trata de una categoría de igual excelencia y de universalidad, de una identidad en la naturaleza del amor.** Jesús mantiene una distinción en los preceptos. Su asociación al mandamiento de amar a Dios indica que se trata de una cualidad de excelencia y de universalidad, incluso más: de una identidad en la naturaleza del amor.

No es sólo uno: *amar*. Hay uno que es primero y más grande. El otro es segundo y semejante, debido al *agape*. **Un amor idéntico con dos objetos:** Dios y el prójimo, sea pariente, enemigo o necesitado. San Agustín nos indica tres: Dios, el prójimo y uno mismo.

El escriba había pedido una exégesis de la Ley. Jesús extrae su respuesta del Pentateuco, pero subraya que los dos grandes preceptos dominan no sólo sobre las prescripciones del Pentateuco, sino también sobre la enseñanza de los profetas. Por

consiguiente, **son el alma y la vida** de toda la legislación y de toda la doctrina del Antiguo Testamento. El verbo sostener (*kremánnomi*) **implica una idea de firmeza y de solidez, y se le podría traducir por hallar un punto de apoyo.**

En esta acepción, el amor para con Dios y para con el prójimo es, en la nueva Ley, **el fundamento sobre el cual se apoya toda la conducta religiosa y moral del hombre, como una puerta sobre sus goznes;** O como los cimientos de una casa, al suprimirlos se desploma todo el edificio; esto podría expresarse en lenguaje parabólico: Así como los objetos están colgados de un clavo y están bien sujetos a él, así cada acción particular del Justo, o según la mentalidad judía cada precepto de la Ley, está fundamentada sobre el mandamiento del amor.

El acento está puesto sobre la cohesión interna. Sea cual fuere la materia o el objeto de su actividad conforme con un mandamiento especial, el fiel obrará siempre en nombre del amor.

Así como no se puede imaginar un río sin una fuente que lo alimente, tampoco se podrá concebir un cristiano que esté dispuesto a obrar por un principio distinto del amor, cuyas palabras y actos no revelen esa caridad, o que no se santifique en virtud de la misma. He aquí por qué puede decirse que de los dos grandes mandamientos dependen, o que en ellos están contenidos, toda la Ley y los Profetas. El amor contiene y resume toda la moral cristiana, a manera de un principio rico en todas sus virtualidades. Pero no estamos hablando de cualquier “amor” sino del Amor de Dios.

Nuestro Señor los redujo a dos, que no constituyen más que uno. Por consiguiente, el Maestro **respondió a la cuestión del legista dando el sentido verdadero de qué clase o qué categoría de preceptos es la suprema. Es la caridad para con Dios; el amor al prójimo pertenece a esta misma categoría;** toda la legislación moral depende de la caridad y la promueve. **Esto equivalía a oponer la importancia de esta última al juridicismo y al formalismo de sus adversarios, y, por consiguiente, equivalía a condenar la casuística.** **Era por añadidura, unificar toda la moral, en primer lugar fundamentándola por entero en la adoración y el culto exclusivo de Dios (moral religiosa); luego, consagrando al sujeto de la misma al servicio de los hermanos, en nombre mismo del amor que él tiene a Dios (moral social); finalmente, exigiendo de nuestra vida una sola disposición interior, la caridad (moral individual).**

Lo maravilloso está en que Jesús ha expresado esa concepción partiendo del mismo texto del A. Testamento. Es verdad que los rabinos habían vislumbrado a veces esta primacía del amor, pero sólo la autoridad de Jesús fue capaz de establecerla, porque únicamente Él estaba cualificado para interpretar y cumplir los

oráculos divinos de la antigua alianza, y porque en nombre de este amor a Dios y a los hombres va Él a dejarse crucificar; lo que en manera alguna prescribía ningún precepto de la Ley.

Amar a Dios no es en nosotros una obligación. Tenía que ser una necesidad. No le amamos para que Él nos quiera: Él no gana nada, precisamente en amarle esta nuestra felicidad y por ello su alegría. Esto debe nacer de dentro. La realidad es ésta, que amando desde Él, uno es capaz de dar la vida como la dio Él. Ésa es la fuente de la felicidad: **DAR la vida.**

¿Quién es mi prójimo? Lo que Jesús entiende como prójimo está en contra de lo que entendían muchos de sus contemporáneos. Para ellos prójimo era el que pertenecía al mismo grupo, clan, etnia o familia. **Para Jesús es universal:** prójimo es todo hombre, incluso el enemigo.

Benedicto XVI lo explicó muy bien en su encíclica *Deus Caritas est: Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, es un único mandamiento. Sin embargo, los dos viven del amor solícito de Dios que nos ha amado el primero. Así, no se trata ya de un «mandamiento» que nos prescribe algo imposible desde el exterior sino, por el contrario, de una experiencia de amor, dada desde el interior, un amor que, por su naturaleza, debe ser compartido con los otros. El amor crece con el amor. El amor es «divino» porque viene de Dios y nos une a Dios y, a través de este proceso de unificación, nos transforma en un Nosotros, que sobrepasa nuestras divisiones y nos hace llegar a ser uno hasta que, al final, Dios sea «todo en todos».* (BXVI-Deus Caritas est núm 18)

* * * * *

EL COMENTARIO DE LOS PADRES

San Agustín, Sermón 179 A, 3-5

Los tres primeros mandamientos de la ley de Dios se refieren a Dios mismo; al hombre los siete restantes: *Honra a tu padre y a tu madre; no adulterarás; no matarás; no proferirás falso testimonio; no robarás, no desearás la mujer de tu prójimo; no desearás los bienes de tu prójimo* (Éx 20,12-17). Si amas a Dios, no adorarás a ningún otro ni tomarás en vano su nombre, y le dedicarás el sábado para que descanse en ti cuando te hace descansar. Si, por el contrario, amas al prójimo, honrarás a los padres y no adulterarás, ni matarás, ni dañarás a nadie con tu falso testimonio, ni robarás, ni desearás la mujer o los bienes de cualquier otra persona. Y, por ello, *amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos preceptos se cumple toda la ley y los profetas* (Mt 22,37-40).

Escucha también al Apóstol: *La plenitud de la ley -dice- es la caridad* (Rom 13,10). No te envió a cumplir muchos preceptos: ni siquiera diez, ni siquiera dos; la sola caridad los cumple todos. Pero la caridad es doble: hacia Dios y hacia el prójimo. Hacia Dios, ¿en qué medida? *Con todo*. ¿A qué se refiere ese *todo*? No al oído, o a la nariz, o a la mano, o al pie. ¿Con qué puede amarse de forma total? *Con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente*. Amarás la fuente de la vida con todo lo que en ti tiene vida. Si, pues, debo amar a Dios con todo lo que en mí tiene vida, ¿qué me reservo para poder amar a mi prójimo? Cuando se te dio el precepto de amar al prójimo no se te dijo: «con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente», sino *como a ti mismo*. Has de amar a Dios con todo tu ser, porque es mejor que tú, y al prójimo como a ti mismo, porque es lo que eres tú.

Los preceptos son, por tanto, dos; tres, en cambio, los objetos del amor. Se han dado dos preceptos: ama a Dios y, ama al prójimo; sin embargo, veo que se han de amar tres realidades. Pues no se diría: y al *prójimo como a ti mismo*, si no te amases a ti mismo. Si son tres los objetos del amor, ¿por qué son dos los preceptos? ¿Por qué? Escuchadlo. Dios no consideró necesario exhortarte a amarte a ti mismo, pues no hay nadie que no se ame. Mas, puesto que muchos van a la perdición por amarse mal, diciéndote que ames a tu Dios con todo tu ser, se te dio al mismo tiempo la norma de cómo has de amarte a ti mismo. ¿Quieres amarte a ti mismo? Ama a Dios con todo tu ser, pues allí te encontrarás a ti, para que no te pierdas en ti mismo. Si te amas a ti en ti, has de caer también de ti y larga ha de ser tu búsqueda fuera de ti.

Por esta razón el Apóstol comenzó la enumeración de todos los males a partir de ahí, cuando dice: *Habrá hombres amantes de sí mismos* (2 Tim 3,2). He aquí que elegiste amarte a ti; veamos si al menos te mantienes en ti. Es falso, no permaneces ahí; a él debiste adherirte, en él debiste poner tu fortaleza y tu lugar de refugio. Ahora, en cambio, aflojaste el lazo de tu amor y lo retiraste de él para ponerlo en ti; pero ni siquiera en ti permaneces. Escucha finalmente al mismo Apóstol. Después de haber dicho: *Habrá hombres amantes de sí mismos*, añadió a continuación: *amantes del dinero*.

¿No acabo de decir que ni siquiera permanecerías en ti? ¿O acaso sois la misma cosa tú y el dinero? He aquí que te alejaste incluso de ti por haberte apartado de Dios. ¿Qué queda, sino malgastar todo el patrimonio de tu mente viviendo con meretrices, es decir, entre liviandades y variedad de deseos perversos, y verte obligado por la necesidad a apacentar puercos, es decir, puesto que te domina la inmundicia avaricia, a ser pasto de inmundos demonios?

Pero aquel hijo, habiendo experimentado la miseria y machacado por el hambre, *volviendo en sí, dijo...* Vuelve a sí, porque se había alejado de sí, y ya en sí se encontró pobre. Buscó por doquier la felicidad y en ningún lugar la encontró. ¿Qué dijo al volver a sí mismo? *Me levantaré e iré*. ¿A dónde? *A mi padre*. Ya vuelto a sí, pero aun yaciendo en el suelo, dice: *Me levantaré e iré* (Le 15,17-18). ¡Nada de yacer, nada de quedarme aquí! Se te ha dado, pues, la norma según la cual has de amarte: ama a quien es mejor que tú y ya te amaste a ti. Y hablo del que es mejor por naturaleza, no por voluntad. Se encuentran muchos hombres que son mejores que tú por voluntad, pero sólo Dios lo es por naturaleza: es el creador, el fundador, el hacedor, que por nadie ha sido hecho. Agárrate a él. Comprende de una vez y di: *Para mí, en cambio*. Para ti ¿qué? *Es cosa buena adherirme a Dios*. ¿Por qué? Pon atención a lo que dijo antes: *Hiciste perecer a todo el que se aleja de ti* (Sal 72,28.27). Precisamente porque hizo perecer a todo el que se aleja de él te encontraste a ti. *Para mí, en cambio, es cosa buena adherirme a Dios*, es decir, no alejarme, no retirarme de su lado. ¿Quieres ver lo que se te promete en este asunto? *Quien se adhiere al Señor es un solo espíritu* (1 Cor 5,17).

Éste es, pues, tu amor, o el amor hacia ti, es decir, el amor con que te amas, para amar a Dios. Ya te confió también el prójimo para que le ames como a ti mismo, pues veo que has comenzado a amarte a ti mismo. Llévale adonde te llevaste a ti mismo a aquel a quien amas como a ti mismo. En efecto, si amaras al oro y lo tuvieras, y amaras al prójimo como a ti mismo, en virtud del amor dividirías lo que tenías y le harías partícipe de tu oro; pero dividiéndole tocaríais a menos cada uno. ¿Por qué, pues, no posees a Dios? Poseyéndole a él no padecerás

estrechez ninguna con tu coheredero. Llama, fuerza a amar a Dios a cuantos puedas persuadir, a cuantos puedas invitar; él es todo para todos y todo para cada uno.

En consecuencia, ama a Dios y ama al prójimo como a ti mismo. Veo que al amar a Dios te amas a ti mismo. La caridad es la raíz de todas las obras buenas. Como *la avaricia es la raíz de todos los males (1 Tim 6,10)*, así la caridad lo es de todos los bienes. *La plenitud de la ley es la caridad*. No voy a tardar en decirlo: quien peca contra la caridad, se hace reo de todos los preceptos. En efecto, quien daña a la raíz misma, ¿a qué parte del árbol no daña?

* * * * *

CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

¡La Ternura y el Cariño de Dios siempre contigo!

En primer lugar quisiera disculparme por no haberte escrito lo que me pedías la semana pasada. Hubo mucho jaleo y no pude dedicarte el tiempo que te mereces.

Hoy te escribo cuando empiezo a ver cómo todo el campo va adquiriendo las diversas tonalidades típicas del Otoño. El fresco, y las primeras lluvias han llegado y me dices que por allí ya empieza también el frío y el viento. Cuídate que como te dije en alguna otra carta eres propenso a la gripe y luego no la sueltas hasta la primavera. Y éste año con el dichoso “coronavirus”... ¡quién sabe!

Si has leído las lecturas de este Domingo, te encontrarás con algo precioso: *Amarás al señor tu Dios y a tu prójimo como a ti mismo*. Y es que el Evangelio de este domingo comienza con una pregunta que se le hace a Jesús. ¿Cuál es el mandamiento Principal de la Ley? Se lo preguntan con maldad, para cazarle. Pero a nosotros nos interesa la pregunta. Porque es una pregunta muy buena. ¿Qué es lo principal? Alguien dijo alguna vez: *lo más importante en la vida es que lo más importante sea lo más importante*. Por lo tanto, querido amigo, preguntar qué es lo principal tiene una gran trascendencia.

Es la necesidad de saber qué es lo principal para en torno a ello unificar el resto de las cosas. Porque uno de los males principales de nuestro de nuestro tiempo es la dispersión, hacer muchas cosas incluso buenas, pero dispersas, sin hilo conductor. Y cuando esto sucede inevitablemente suceden contradicciones y nuestra vida no suele ser gozosa. Es como si nos pusiéramos a construir un barco y no tuviéramos coordinados los informes de cada especialista que interviene en su construcción. Lo más normal es que cuando se bote el barco, se vaya a pique.

Y lo que escuchamos en las lecturas de hoy es que el único principio digno capaz de unificar todo cuanto hacemos es ese **Shemá Israel** (escucha Israel) que se proclama al pueblo judío:

Escucha Israel: el Señor nuestro Dios es solamente Uno, amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente.

Lo que es capaz de integrar todas las cosas que hacemos es hacerlas por amor. Y no cualquier amor, sino el que nos profesa Dios. Ése y no otro ha de ser el hilo conductor de todo lo que hacemos. Es como si el amor fuese el director de obra de nuestra vida y además, cuando no existe ese director de obra o principio unificador, inevitablemente aunque no lo percibamos, su lugar lo acaba ocupando

algún pecado: la vanidad, la avaricia, la envidia, la lujuria... hoy nos podemos preguntar ¿cuál es el principio unificador de toda nuestra vida?

No quería dejar pasar otro detalle. Y es la segunda parte del Evangelio en la que Jesús añade a esa respuesta otra más: y el segundo mandamiento es amarás a tu prójimo como a ti mismo. Es importante esta segunda parte porque a Jesús no le habían preguntado cuál es el segundo mandamiento. Le habían preguntado por el principal. Pero al primero añade el segundo y el segundo es éste: *amarás a tu prójimo como así como a ti mismo*. ¿Por qué lo añade? lo añade porque Jesús es consciente de que sin este segundo, el primero no se vive bien, es imposible. El amor a Dios suele ser abstracto y difuso si no es encarnado en el amor al prójimo. Si decimos que lo propio del amor es unificarnos interiormente en todas las cosas que hacemos, el amor al prójimo garantiza que eso sea auténtico, no una palabra bonita, no un deseo, sino una realidad.

Es significativo el versículo final con el que termina el Evangelio, dice: *en estos dos mandamientos se sostienen toda la ley y los profetas*. Dice se sostienen. ¿En qué se sostiene todo lo que hacemos? Querido Teodoro, pidamos a nuestra madre del cielo que nuestra vida esté sostenida en el amor a Dios y al prójimo como principios unificadores de nuestra existencia.

Me despido, da recuerdos a tus padres. Recibe un abrazo de
Teodoro